

EL ESPÍRITU EN PABLO

Profesor Luis Fernando García-Viana

Aula de Teología
28 de octubre de 2008

El Espíritu de Cristo

Para el AT, el Espíritu significa el poder y la presencia de Dios en la creación y en la historia. En Pablo, sin perder de vista ese significado general, se relaciona al Espíritu con Cristo. Y así se le llama el «Espíritu de Cristo» o el «Espíritu del Hijo de Dios» (Rom 8,9; Gal 4,6). Es debido a esta profunda relación con Cristo que el Espíritu tendrá como una de sus tareas principales la de transformar a los creyentes, desde lo más profundo de ellos mismos, para que adquieran la forma de ser de Cristo: “Vosotros sois una carta que Cristo escribió por intermedio nuestro, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios viviente (...) en los corazones” (2 Cor 3,3). Por eso mismo, seguir a Cristo es lo mismo que seguir o vivir en el Espíritu (1 Cor 1,9; 2 Cor 13,13; Flp 2,1). Los corintios, que gustaban especialmente de los dones carismáticos espectaculares, tienen que aprender que ser personas «espirituales» puede significar, no la gloria sino la debilidad y el sufrimiento (2 Cor 3,7-8; 4,7-18; 11,16-12,10; 13,4).

La cruz de Cristo es, pues, el criterio de la actuación del Espíritu: “Es cierto que él fue crucificado en razón de su debilidad, pero vive por el poder de Dios. Así también, nosotros participamos de su debilidad, pero viviremos con él por la fuerza de Dios para actuar entre vosotros” (2 Cor 13,4, un texto donde el «poder de Dios» y la «fuerza de Dios» son equivalentes al Espíritu). Este carácter crístico del Espíritu explica por qué el signo supremo de su presencia, el elemento fundamental del «fruto del Espíritu» (Gal 5,22), es el amor. El amor de Dios, que acompañó al mundo y al hombre desde la creación, se ha manifestado ahora en la vida, muerte y resurrección de Jesús. Y este amor “ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rom 5,5). Y es gracias a ese amor de Dios que ahora vivimos nuestra vida en el mundo y en la Iglesia.

El Espíritu y la nueva vida cristiana

Pablo es, sin duda, el autor del NT que relaciona más íntimamente al Espíritu con la vida del creyente. La humanidad, piensa Pablo, estaba alejada de Dios, pero ahora ha entrado en una nueva fase de su historia gracias a la misericordia de Dios (es lo que Pablo llama la «justicia de Dios»). Y gracias al Espíritu, como poder y presencia de Dios, podemos ahora vivir una vida que sea auténticamente evangélica (Rom 8,1-4; 1 Tes 4,1). Esta vida es descrita como conducida o vivida por el Espíritu (Rom 8,14; Gal 5,16.25). Gracias a él, el creyente puede llevar a cabo lo que la Ley no podía en el judaísmo (Rom 8,23). Porque el Espíritu no es como la Ley un principio externo a la persona. El

Espíritu es, por el contrario, un principio interno que nos da un corazón nuevo al derramar en nosotros el amor de Dios. Lo que nos va a permitir elegir otras alternativas diferentes al egoísmo, la idolatría y los demás contravalores de este «mundo». El Espíritu es, pues, el que permite al creyente seguir los caminos de Dios de la alianza y poder así amar al prójimo. Toda la tarea de servicio y solidaridad en el mundo será, pues, un fruto del Espíritu.

Es verdad que el creyente se reconoce todavía como un ser dividido, como una persona que tiene ante sí diferentes lealtades. Vive entre el don escatológico del Espíritu y un mundo que muchas veces obedece más a la carne: “Os exhorto a que os dejéis conducir por el Espíritu de Dios, y así no seréis arrastrados por los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí, y por eso no podéis hacer todo el bien que queréis” (Gal 5,16-17). Entendamos bien el concepto de «carne» en Pablo. Para él «vivir según la carne»¹ es apartarse de los caminos del Dios de Jesús y encerrarse en un egoísmo que prescinde de los demás. Pero ahora, gracias al don del Espíritu, podemos «vivir según el Espíritu», es decir, según los caminos que Jesús nos ha trazado.

El apóstol está convencido de que el Espíritu nos proporciona una disposición espiritual estable que nos aparta del poder de la carne. Así vemos cómo la presencia del poder del Espíritu en el creyente no nos exime del combate ético, no nos hace creer que han quedado anulados los conflictos en la vida de cada uno de nosotros. Pero esa tarea conflictiva, que es el conjunto de la vida cristiana, la abordamos con la confianza del que sabe que Dios está de nuestra parte porque somos sus hijos. Y esto nos lo revela el Espíritu: “El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8,16). Hemos recibido un Espíritu que nos hace “hijos adoptivos y por el cual gritamos: ¡Abba, Padre!” (Rom 8,15; ver Gal 4,4-7)².

El Espíritu y la Iglesia

El creyente no recibe el Espíritu como si fuera un individuo aislado. Hemos sido “bautizados por un Espíritu en un cuerpo” (1 Cor 12,13, un texto en el que «cuerpo» hace referencia a la comunidad surgida del bautismo). Esto significa que somos llamados a una existencia comunitaria en la que el Espíritu es la fuerza creativa y unificante, el que lleva a cabo la comunión eclesial junto con la gracia y el amor de Jesucristo y el Padre (2 Cor 13,13).

Esta comunión se expresará en la relación constructiva que deberán tener los dones y carismas comunitarios. Se trata en este caso de las manifestaciones dinámicas del Espíritu en la Iglesia (1 Cor 12-14), que tuvieron especial importancia en la comunidad de Corinto. Cada uno de estos dones es una “manifestación del Espíritu” (1 Cor 12,7). Son dados para el bien común de

¹ No confundir esta frase con otra similar que emplea Pablo para hablar de la vida de la persona, “vivir en la carne”, que expresa la fragilidad y temporalidad de la vida humana, pero no su pecaminosidad o negatividad. En este caso el concepto de “carne” es puramente antropológico.

² Según la legislación de la época de Pablo, el hijo adoptivo accedía a una condición a la que no tenía derecho, pero que él recibía sólo por la decisión del padre. Teológicamente hablando, la adopción es un acto de gracia.

la comunidad eclesial, para su edificación y por ello tienen que ser impulsados por el amor. Pablo insiste en que el ejercicio de esos dones y carismas sin caridad sería algo vacío y sin valor. Es lo que manifiesta el capítulo 13 de 1 Cor, el llamado himno de la caridad. El camino mejor (1 Cor 12,31) no son los deslumbrantes carismas espirituales, de los que se enorgullecían muchos de los miembros de la comunidad de Corinto, sino el poder transformante del amor. No estamos aquí ante un sentimiento, el significado más común del amor en nuestro mundo, prueba de ello son los quince verbos de acción que jalonan ese capítulo y nos indican cómo llevar a cabo concretamente ese amor para construir la comunidad eclesial y servir al mundo. Pablo nos da en 1 Cor 12 una lista de algunos de esos dones o carismas, pero no los tomemos como una lista exhaustiva ni definitiva.

Las nuevas circunstancias eclesiales en las que vivimos hoy y aquí nos llevarían a dar una lista bastante distinta. Estos dones preparan a la Iglesia para su gran tarea que es el testimonio y la misión (algo que expresa claramente Hch, donde el don del Espíritu en Pentecostés se transforma inmediatamente en proclamación del Evangelio ante el pueblo de Jerusalén). Por eso, cuando Pablo describe su tarea como evangelizador la llama «ministerio del Espíritu» (2 Cor 3,8).

El Espíritu y la escatología

Como ya hemos visto, la existencia presente del creyente es todavía la de un combate. La fuerza y la atracción del viejo «mundo» (lo que nos arrastra a vivir «según la carne») no ha cesado. Las «primicias del Espíritu» implican sólo un don parcial y anticipado del don total futuro (1 Cor 15,20; Rom 11,16). Por tanto, la salvación de Cristo y el don del Espíritu tendrán un momento futuro de plenitud “cuando Cristo entregue el reino a Dios (...) a fin de que Dios sea todo en todos” (1 Cor 15,26.28). Así, pues, para Pablo el Espíritu representa la presencia activa de esa plenitud en el presente. Ese rasgo escatológico se manifiesta cuando habla del Espíritu como «los primeros frutos» o «las arras (el pago anticipado)» de lo que recibirán cuando llegue el reino de Dios en su plenitud, el juicio pertenece al pasado y todo enemigo de Dios haya sido derrotado (Rom 8,18-25; 2 Cor 1,22; 5,5). Así, en la vida presente, el Espíritu es la presencia activa de la vida futura y, por tanto, un signo que apunta más allá del presente indicando a los creyentes que la plenitud de la era mesiánica y del reino no ha llegado todavía.

A lo largo de sus cartas, Pablo mantiene esa tensión entre lo que ya se ha hecho presente y lo que todavía no hemos alcanzado. Y como Pablo relaciona estrechamente la vida humana con el conjunto de la creación, es el universo entero el que está a la espera de la salvación definitiva y mientras tanto “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22) hasta que llegue el alumbramiento del cielo nuevo y la tierra nueva. La esperanza, y por tanto el don del Espíritu, tiene también dimensiones cósmicas que desbordan sus dimensiones personales y eclesiales.

¿Cómo actualizar esta visión de Pablo?

1). Crecimiento personal y espiritual: cuando Pablo nos dice que el Espíritu engendra en nosotros confianza y esperanza, nos habla de dos rasgos que son fundamentales para la personalidad del creyente (y yo diría que para toda persona madura y auténtica). No podemos abordar la vida cotidiana sin tener una confianza básica en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea³. Como difícilmente podemos vivir sin que algún horizonte de esperanza no nos haga atractivo el futuro que está por delante de nosotros. Pero hay más, y es que gracias a esa confianza y esperanza podemos ir creciendo en madurez humana y cristiana. Esa madurez a la que todos somos llamados (1 Cor 2,6), falta en aquellos creyentes que son todavía «gente carnal» y que, según la imagen utilizada por Pablo, sólo pueden beber leche y no alimentos sólidos (1 Cor 3,1-3).

Frente a estos que todavía viven «según la carne» (encerrados en sí mismos, sin escuchar las exigencias de Dios ni del prójimo), Pablo nos invita a ser «gente espiritual». Lo que quiere decir: personas que animadas por el Espíritu viven en su vida su consagración espiritual y el seguimiento de Jesús. Todo esto supone un proceso dinámico. En cualquier caso sabemos que «somos más», que maduramos, si dejamos que el Espíritu obre en nosotros cuando escuchamos la palabra de Jesús y la ponemos por obra.

2) La Iglesia y el Espíritu: la vida cristiana dependerá en gran medida de la comprensión que tengamos de la Iglesia. El énfasis que el Concilio Vaticano II puso en el Espíritu al describir la Iglesia, lo que sintoniza bien con la eclesiología carismática paulina, nos conduce a un nuevo paradigma del ser cristiano. Citemos uno de sus textos, que tiene además como fundamento algunos pasajes de Pablo o de su escuela: “El Espíritu Santo, que habita en los creyentes y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable unión de los fieles, y tan estrechamente une a todos en Cristo, que es el Principio de la unidad de la Iglesia. Él es el que obra las distribuciones de gracias y ministerios, enriqueciendo a la Iglesia de Jesucristo con variedad de dones *para la perfección consumada de los santos en orden a la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo (Ef 4,12)*” (*Unitatis Redintegratio* 2; ver *Lumen Gentium* 17). Como vemos, este texto del Concilio destaca especialmente al Espíritu como el principio de unidad de la Iglesia, un Espíritu que actúa en todos los creyentes a través de los múltiples carismas y servicios y de esta manera edifica la comunidad de los seguidores de Jesús⁴.

Todos los fieles son, pues, miembros activos de la Iglesia. Quizá ésta es una de las grandes tareas que la Iglesia tiene por delante, la de lograr que esto deje de ser un principio teológico para convertirse en una realidad en cada comunidad cristiana. Y es el Espíritu el que hace brotar en cada comunidad, en cada Iglesia local sus riquezas y dones específicos, que no tienen por qué

³ “Con la confianza fundamental el hombre da un sí rotundo y consecuente en la práctica a la problemática realidad de sí mismo y del mundo: un sí por el que se abre a la realidad. Esta actitud positiva significa una certidumbre radical antinihilista respecto a toda vivencia y comportamiento humano, a pesar de su carácter problemático” (Hans Küng).

⁴ Al recoger estos ecos de la eclesiología paulina, el concilio se distancia de la eclesiología reinante en la Iglesia Católica desde Trento hasta el Vaticano II, que dejaba poco espacio a los carismas e insistía especialmente en la autoridad y la institución.

coincidir con los de otras iglesias. Babel es destruido en Pentecostés, pero esto no quiere decir que la unidad signifique uniformidad. Pablo lo expresa bien cuando dice que hay «diversidad de dones», «diversidad de servicios» y «diversidad de actividades». Pero en cada caso “el Espíritu se manifiesta para el bien común” (1 Cor 12,4-7).

3) El Espíritu y la justicia social: muchos piensan que una espiritualidad y una eclesiología que acentúen el papel del Espíritu tenderán necesariamente a interesarse por la interioridad o por los temas intraeclesiales, pero no pondrán interés en el tema de la justicia en nuestro mundo. Es verdad que una interioridad no equilibrada puede insistir en una relación con Dios de una manera un tanto vertical, lo que estaría en contra del principio de encarnación que empapa la vida y la reflexión cristiana, sin tener en cuenta la historia y nuestras tareas en el mundo. Sin embargo, esta manera de ver las cosas no se encuentra en Pablo.

La apertura a los demás, clave de la comprensión cristiana de la vida, incluye además un interés especial por los más pobres (Gal 2,20; 1 Cor 16,1-4; 2 Cor 8 y 9; Rom 15,25-18)⁵. Es algo que provenía en la iglesia primitiva recordando la actuación de Jesús durante su ministerio. Aquí funciona el principio, enunciado por Pablo, de que el Espíritu nos da «la manera de pensar de Cristo» (1 Cor 2,16)⁶. Si esto es así, el reino debe ser siempre el horizonte de toda vida cristiana, como lo fue en la vida de Jesús. Un reino que es descrito como un ámbito en el que el oprimido, en todos los sentidos individuales y sociales que pueda tener este término, será plenamente liberado.

El cristiano «espiritual» (donde estamos todos englobados, pues todos hemos recibido y vivimos gracias al Espíritu), orientará su vida buscando superar las opresiones de nuestro mundo. El que ha sido liberado se transforma en liberador. Manifestamos, pues, el poder del Espíritu que habita en nosotros (somos «templo del Espíritu»⁷, 1 Cor 6,19) mediante nuestras acciones y compromisos a favor de los más necesitados. Tengamos además en cuenta que en el tiempo en que vivimos somos cada vez más conscientes de que la opresión y los sufrimientos individuales se deben muchas veces a sistemas sociales, económicos, culturales o políticos negativos. El poder del Espíritu nos impulsará a buscar cambios en esos sistemas y no sólo a aliviar las necesidades individuales. Es algo que el creyente nunca debe olvidar y el Espíritu se lo recordará en su conciencia.

4). El Espíritu y el desafío ecológico: la necesidad de aumentar la conciencia ecológica de nuestro mundo nos lleva a destacar la función cósmica del Espíritu. Para Pablo es muy clara la inseparabilidad de la humanidad del resto de la creación. Si nosotros tenemos las primicias del Espíritu la creación

⁵ Detrás de todos estos textos está el interés de Pablo por la colecta que fue realizando en sus comunidades para ayudar a los pobres de la comunidad de Jerusalén.

⁶ Conformados con Cristo por el Espíritu y vitalmente injertados en él, el creyente no podrá pensar, y en consecuencia actuar, de manera diferente al Señor.

⁷ Literalmente, Pablo dice que “vuestro cuerpo es templo del Espíritu”. Sabiendo que el concepto de “cuerpo” en Pablo se refiere a la totalidad de la persona como ser relacional, esta afirmación es, quizá sin que Pablo fuera consciente de ello, contundentemente antignóstica.

alcanzará también esta libertad de los hijos de Dios (leer atentamente Rom 8,19-23). A la espera de esa libertad toda la creación “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22). La libertad que esperamos en la escatología futura no va a ser una libertad aislada del mundo subhumano⁸. La fuerte conciencia que tiene Pablo del Dios creador le impide separar al hombre de su mundo, y esto es ya una conciencia ecológica incipiente que ante la catástrofe actual de la destrucción sistemática de la naturaleza se puede transformar en una conciencia explícita y militante.

Una renovada conciencia de la presencia de Dios en el mundo por medio de su Espíritu puede, por tanto, contribuir a un mayor respeto por todas las formas de esa presencia de Dios en la creación, incluyendo la necesidad de recobrar un equilibrio ecológico tan importante para la generación presente y las futuras de la humanidad. También aquí, el impulso del Espíritu que habita en cada creyente y en la comunidad cristiana puede despertar esa conciencia y darnos la fuerza para llevar a cabo la necesaria defensa de la naturaleza. El mundo es nuestra patria, estamos estrechamente ligados a la tierra, al agua, a los animales y las plantas. Debemos restaurar nuestra fraternidad con el mundo y habitar así en él sin aplastarlo.

Bibliografía:

E-Schweizer:- *El Espíritu Santo*, Editorial Sígueme.

G.D.Fee.- *Pablo, el Espíritu y el Pueblo de Dios*, Editorial Vida..

⁸ Recordemos que cuando Pablo describe el primer pecado no lo hace individualistamente, Por medio de Adán “el pecado entró en el mundo [*kosmos*] y por el pecado, la muerte” (Rom 5,12). Por eso se exige una redención cósmica como salida de esa situación negativa de la humanidad y del cosmos.